

LA CELEBRACION EUCARISTICA DESPUES DEL CONCILIO:

ESTADO DE LA CUESTION

por Pere Farnés

Esta conferencia, situada al final del primer día de nuestro Symposium, tiene dos finalidades diversas o, si se quiere hablar con mayor propiedad, quiere tener presente dos clases de participantes: los que durante toda la jornada de hoy hemos estado reflexionando y dialogando sobre diversos aspectos de la pastoral litúrgica en nuestros días y los que, al final de nuestra jornada, se unen a nosotros porque, de una u otra forma, se sienten también interesados por la problemática litúrgica del postconcilio. La presencia simultánea de estos dos grupos de personas nos fuerza a limitar el ámbito de nuestras reflexiones: ni podemos hablar de todo lo que representa hoy, después del Concilio, la celebración eucarística, ni trazar las diversas líneas hacia dónde podrían orientarse hoy los modos de la celebración y las maneras de comprensión de la misma. Todo ello necesitaría, además, un tiempo del que no disponemos y, por otra parte, quizás algunas de estas facetas no serían fácilmente abordables a todos los que nos acompañan esta tarde.

Renunciando, pues, a una exposición más ambiciosa y completa de lo que es y representa la celebración eucarística en nuestros días, vamos a limitarnos a unas simples reflexiones —casi meditaciones filosóficas— en torno a sólo alguna de las facetas de la celebración. No pretendemos abrir nuevos caminos, ni presentar grandes horizontes: quisiéramos simplemente ofrecer unas simples pistas de re-

flexión, que sean abordables a todos y para unos y otros puedan tener algún interés.

LA IGLESIA HA CELEBRADO SIEMPRE UNA MISMA E IDENTICA EUCARISTIA

Hace veinte siglos que los cristianos vamos repitiendo siempre un mismo gesto y reiterando una celebración siempre idéntica. Ello ya representa un no pequeño problema para nuestro tiempo y nuestro ambiente. En la segunda de las ponencias de nuestro Symposium, Juan de Dios Martín Velasco nos decía esta mañana cómo la cultura y el ambiente de nuestro tiempo vive de una ruptura con el pasado, de un deseo de emancipación, de un ideal de autonomía: en esto, decía él, consiste principalmente la llamada «modernidad» de nuestro mundo que casi no quiere saber ya nada del mundo de ayer. Este fenómeno —es necesario tener clara conciencia de ello— representa una seria dificultad para la celebración eucarística en nuestros días. Esta, en efecto, no es ruptura sino tradición, no es emancipación sino fidelidad, no es autonomía sino dependencia radical ante algo que se considera además absoluto: el mandato del Señor de repetir su mismo gesto «hasta que él vuelva». La celebración de la Cena del Señor debe incorporarse a nuestro tiempo y a nuestra cultura, pero no con aires de ruptura, ni emancipación, ni autonomía. Hace veinte siglos que los cristianos —monótonamente si se quiere decir de esta manera— vamos repitiendo un mismo gesto. ¡Somos un pueblo real y radicalmente «conservador»! Y no sabemos vivir nuestro cristianismo de otra forma sino repitiendo siempre la misma celebración «que hemos recibido y que, a nuestra vez, hemos de transmitir a los que vendrán después, porque es la celebración que viene del Señor» (Cf. 1Cor 11-23). No cabe, pues, aquí para nosotros ni ruptura, ni autonomía, ni originalidad; es más: esta «falta de creatividad» no representa para nosotros sólo una simple manera accidental sino algo total y radicalmente constitutivo de nuestro mismo ser como comunidad de Jesús. Ni con nuestra mejor intención de captar al mundo moderno, ávido de ruptura, de emancipación y de autonomía, podemos disimular nuestro verdadero rostro de «pueblo conservador», so pena de desfigurar la naturaleza misma de la Iglesia.

LA IGLESIA HA ENMARCADO SU UNICA EUCARISTIA EN CONTEXTOS RITUALES MUY DIVERSOS

Pero si la Iglesia ha celebrado siempre una misma Eucaristía y se siente ligada a repetir el gesto idéntico que el Señor nos dio, hay que añadir también que, a través de los tiempos, hemos celebrado la Eucaristía de formas muy distintas: ya en la misma época bíblica la descripción que de la Eucaristía nos presenta la primera carta a los Corintios y el Evangelio de San Lucas es una celebración bien diversa de la que aparece en Marcos o Mateo; ésta aparece en Pablo y Lucas enmarcada en una cena: antes de la misma, a la manera del Ritual judío de la Pascua, se tiene la bendición del pan; terminada la cena se hace la bendición de la copa. En cambio el mismo gesto del Señor en Marcos y Mateo aparece enmarcado en otro Ritual: se ha suprimido ya la cena y el rito del pan y la bendición de la copa se colocan seguidos y sin discontinuidad el uno después del otro. En la descripción, que hacia el año 150, nos hace el mártir san Justino, el marco vuelve a ser muy otro: la Iglesia de Jesús es ya una Iglesia con muchos discípulos: no se puede, pues, celebrar en una pequeña habitación doméstica: hay que albergar a los que vienen de la ciudad y de los campos para una única reunión. Esta ya no es únicamente la celebración de la Eucaristía sino también la proclamación de la Palabra... el mismo gesto del Señor va a revestir, pues, maneras muy diversas; y las formas de la Eucaristía irán cambiando sin cesar, no sólo a través del tiempo sino también a través de la geografía. Imposible sería aquí describir, ni tan sólo a grandes rasgos, las diferentes maneras cómo en Oriente y en Occidente las diversas iglesias han ido enmarcando el gesto del Señor a través de los siglos; que nos sea suficiente haber citado esta segunda faceta de la celebración eucarística: si el pueblo cristiano por lo que celebra es un pueblo «conservador», es también un pueblo con iniciativa y con capacidad creativa con respecto a la manera cómo ha celebrado siempre lo mismo.

LA REFORMA DE LA EUCARISTIA DEL VATICANO II ES UNA REFORMA DE CARACTER TOTALMENTE UNICO E INEDITO EN LA HISTORIA

Es precisamente entre estas diversas y variadas maneras de celebrar la misma eucaristía a través de los siglos donde hay que colocar nuestro modo renovado de celebrar la Cena del Señor. Aunque es preciso también subrayar un aspecto importante que hace de nuestra reforma un hecho totalmente inédito en la historia: si el rito de la celebración eucarística que arranca del Vaticano II fenomenológicamente es sólo una de tantas expresiones rituales con las que el pueblo cristiano ha adornado el gesto del Señor, ontológicamente nuestra reforma litúrgica tiene un significado muy distinto de todos los otros cambios que la han precedido, y ello, por lo menos, bajo dos aspectos: *a)* es la única vez que en el transcurso de los siglos se ha realizado una reforma del rito eucarístico en el contexto de una reforma general de toda la Liturgia; *b)* es también el único caso en la historia de una reforma de la celebración eucarística realizada como fruto o consecuencia de una reflexión sobre la naturaleza de la misma. Reforma general y sistemática y reforma reflexiva, como consecuencia de unos principios teológicos son, pues, dos características que distinguen la obra litúrgica del Vaticano II de todos los otros cambios litúrgicos de los que la historia de las diversas iglesias nos dan fe. En efecto, los diversos cambios litúrgicos que se han ido sucediendo a través de los siglos nacieron siempre de unas costumbres que iban madurando progresiva pero muy lentamente, o de la creatividad muy parcial de algunos de los obispos que introducían sólo en algún caso muy concreto algún nuevo formulario singular que se añadía al conjunto de los ritos ya existentes. En cambio, la reforma eucarística del Vaticano II es el resultado de una determinación que ha tenido como hilo conductor el estudio reflexivo de la naturaleza misma de la celebración para adecuarse lo más fielmente posible a lo que el Señor quiso entregar a la Iglesia.

Por otra parte, como hemos anotado ya, esta reforma se sitúa en el contexto de una reforma general. En otros momentos históricos se han reformado algunos detalles de la celebración —todos los

presentes pueden recordar no pocas de las modificaciones litúrgicas introducidas por los últimos Papas—; hoy, en cambio, el Vaticano II ha decretado una reforma general: hemos pasado de una manera de celebrar a otra manera de celebrar distinta. Y este hecho, fenomenológicamente importante, podemos decir que no se había dado nunca, por lo menos, universalmente. Decimos «universalmente» porque en una iglesia local, la de España precisamente, se hizo algo muy parecido en el siglo XI cuando el antiguo rito visigótico fue autoritativamente cambiado por decreto papal y se establecieron todos los modos romanos de celebración. En aquel caso, como en nuestra historia contemporánea, la Iglesia pasó súbitamente de una manera de celebrar a otra totalmente distinta: en el lejano siglo XI en aras de la romanidad, en aquel momento muy prestigiosa; en nuestro momento actual en aras a una mayor fidelidad y más clara expresividad de la Tradición que hemos recibido del Señor.

Este simple hecho coloca, pues, la reforma del Vaticano II en un plano muy distinto al de la simple fenomenología de los ritos; y nos habla también de lo urgente que es reflexionar sobre el sentido exacto de la liturgia reformada; aunque también nos puede sugerir el temor de que alguna «teología», en el sentido peyorativo de la palabra, haya sustituido en algún caso a lo que sólo debiera ser «sacramento de la Tradición»...

En esta Conferencia vamos a centrarnos en tres aspectos de nuestra celebración eucarística actual: a) un mirar retrospectivo a la reforma realizada; b) un mirar prospectivo a nuestra liturgia como punto de arranque de aquello que Ignacio Oñatibia ayer llamaba «Liturgia semper reformanda»; c) un pararse en el estado actual de la liturgia eucarística, pensando en el «hoy de Dios» y limitándonos a sólo unos pocos aspectos de la celebración.

LA CELEBRACION EUCARISTICA POSTCONCILIAR, CORONACION DE ESTUDIOS SERIOS Y CULMINACION DEL MOVIMIENTO LITURGICO

La reforma conciliar de la misa no ha nacido por generación espontánea sino que representa el fruto maduro de un conjunto de estudios serios y de un atento cuidado pastoral de toda la Iglesia. Subrayar este aspecto en esta conferencia es oportuno, por lo menos,

por dos motivos: en primer lugar, por razón de nuestro mismo Symposium, que celebra precisamente la continuidad de un esfuerzo de pastoral litúrgica que, desde sus mismos orígenes, quiso ser, sobre todo, esfuerzo de reflexión y de estudio. En efecto, cuando, en 1961, nacía *Phase*, con nuestra revista queríamos incorporarnos al movimiento de estudio, reflexión y divulgación teológicas sobre la celebración que, a partir, sobre todo del Centro de Pastoral Litúrgica de París, empezaba ya a sobrepasar las fronteras de la mera investigación científica y llegaba a ser objeto de la pastoral de la Iglesia. En aquel entonces era difícil pensar en reformas profundas de la misma liturgia; por ello el esfuerzo se centraba más bien en mejorar la inteligencia teológica de la celebración. Pero ahora, pasados dieciséis años, podemos contemplar cómo ha sido precisamente aquel germen de estudio el que ha producido el fruto que hoy nos alegra y que por aquel entonces nadie podía imaginar. Pero, aún prescindiendo de esta efeméride de *Phase*, hay un segundo motivo para subrayar la importancia que han tenido la reflexión y el estudio doctrinales para la reforma conciliar de la misa: si el hecho de que esta reforma haya sido el fruto maduro de un planteamiento doctrinal serio, mirando al pasado representa una ratificación del camino andado, de cara al futuro abre a su vez un horizonte luminoso: por este mismo camino podrá llegarse a nuevas formas de celebración si éstas resultan necesarias o futuras contingencias ambientales, locales o temporales. Hay que percatarse de que la reforma litúrgica no consiste ni en un continuo cambio caprichoso, ni en una creatividad que siempre parte de cero, ni en un arranque que depende única o principalmente de las maneras variantes del hombre en continua evolución, sino que debe ser el resultado de un conocimiento cada vez más profundo y de una expresividad cada vez más adaptada a los diferentes ambientes cuando estos ambientes lo piden, pero no por mero deseo de cambio y novedad. La «Liturgia semper reformanda» de que se nos hablaba ayer no tiene nada que ver con un continuo cambio de formas rituales o de textos litúrgicos en el que muchos parecen hoy centrar la reforma. No se trata de ir creando nuevas liturgias, ahora en una dirección, ahora en otra, expresivas a veces de una teología, en otras ocasiones de otras, sino que se trata de encontrar una línea única, o varias líneas si se quiere, pero convergentes, es decir, que siempre discurren en una misma dirección: la de una mejor expresividad del Misterio Pascual que el

Señor nos dio para que lo celebráramos en la Eucaristía de todos los tiempos.

Si hoy tenemos en la Iglesia una liturgia renovada, si hoy la celebración de la Eucaristía ha recuperado su lugar central en la vida cristiana, ello ha sido indiscutiblemente el fruto maduro de serias investigaciones: Audet, Botte, Capelle, Baumstark, con sus investigaciones sobre las fuentes; Martimort, Casel, Congar, con sus estudios de reflexión sobre teología litúrgica, son hombres a los que la pastoral de nuestros días debe mucho; la solidez de sus estudios queda demostrada con un solo hecho: el documento sobre liturgia preparado por los liturgistas para el Concilio fue el único de los documentos del Vaticano II, que redactado por una comisión preconiliar, fue aceptado por los Padres. Todos los demás documentos presentados tuvieron que ser reelaborados, pues la asamblea vio en ellos una teología algún tanto desfasada. Unicamente el documento de liturgia fue aceptado para la discusión conciliar tal como había sido preparado por la Comisión preconiliar.

Quizás ante este panegírico de los «Padres» de la restauración litúrgica algunos pensarán que aquello fue un solo paso que hoy se ha de superar, y que ha llegado ya el momento de andar por nuevos caminos. Los grandes nombres de la reforma, dirán, son sólo científicos y técnicos; y la mayor parte de ellos, historiadores... y la Liturgia debe ser del pueblo, debe nacer en la base, no partir de los científicos ni de los teólogos; por otra parte, hoy la historia interesa menos que la vida: no es el pasado lo que debe preocuparnos, sino el futuro. Estas dificultades se oyen con frecuencia como un reto de la «modernidad» —de la que nos hablaban esta mañana— a la actual restauración litúrgica. Es cierto que han sido los teólogos e historiadores quienes han dirigido la restauración litúrgica; y también es verdad que la liturgia no es para una «élite» de científicos, sino para el pueblo fiel. Pero este pueblo fiel, que es el actor y el único destinatario de la liturgia, no se inventa la liturgia, sino que celebra la liturgia que nos viene dada de arriba, de la Tradición que el Señor nos dio. Y conocer en dónde radica esta Tradición no lo descubre ni improvisa el «usuario» de la liturgia, sino el que se esfuerza en su estudio para proponerla a los hermanos. El pueblo debe celebrar y comprender la liturgia, pero sólo el estudioso podrá saber en qué estriba esta celebración, sobre todo si con el correr de los siglos, en esta celebración se han introducido elemen-

tos menos genuinos¹. Si se nos permite un ejemplo, diríamos que ante un enfermo, sea cual fuere su situación cultural, social y ambiental, no se busca para remediar su mal un hombre de su mismo ambiente, sino un técnico, un médico: aunque se trate de una persona de un ambiente muy concreto y popular, con unas costumbres muy características y propias, el remedio para su enfermedad lo buscará sólo en el técnico, porque sólo él conoce la realidad de la dolencia. De una manera semejante si se trata de celebrar los sacramentos cristianos, siempre será fundamental el conocimiento de lo que son estos sacramentos y sólo quien los conozca, y en la medida en que los conozca, podrá ofrecerlos a sus destinatarios.

Es cierto también que la mayoría de los grandes hombres que han preparado la restauración litúrgica han sido, sobre todo, historiadores, más que teólogos acostumbrados a hacer filosofía sobre la Revelación. Pero ello más que una deficiencia representa un nuevo motivo de solidez teológica; en efecto, los sacramentos cristianos son un hecho *histórico*, una etapa si se quiere, de la *historia* de la salvación; en su misma raíz hay un *dato histórico*: la institución que arranca del Señor; y luego, en el discurrir de los tiempos, otro *hecho histórico* iluminará la más exacta captación de estos sacramentos: en efecto, en todos los tiempos la Iglesia, unas veces con más acierto, otras con no pocas deficiencias, han repetido los gestos del Señor²; ahora bien, sólo la historia de las diversas realizaciones históricas nos ayudará a ver cuáles son, entre las diversas posibilidades contingentes, las maneras más manifestativas de celebrar lo que Cristo encargó a su Iglesia.

Permítasenos terminar estas reflexiones sobre la solidez de una reforma que arranca de los estudios científicos, con una observación: hoy a veces se dice que para que las reformas sean logradas deberían salir de la base; una simple mirada a la historia nos da una clara respuesta a este problema: en el curso de la historia ha habido reformas salidas de la base, otras de la cúspide de la Iglesia. Y miradas objetivamente, con aquella mirada serena que únicamente puede dar la distancia de los tiempos, hay que decir que las reformas han sido buenas o malas no porque hoyan salido de la jerarquía o del pueblo, sino únicamente en razón de su mayor o menor

1. Cf. Sacr. Conc., n. 21.

2. Cf. Sacr. Conc., n. 21.

expresividad con respecto a las realidades de la celebración. Reformas desacertadas objetivamente las ha habido salidas de la cúspide de la Iglesia y también de su base: la comunión con una sola especie, por ejemplo, la comunión de rodillas y en la boca, la generalización del bautismo por infusión, el rezo de devociones durante la misa, la casi desaparición de la mesa del altar frente a los retablos... son todas reformas salidas de la base que sólo muchos siglos después de su introducción fueron reconocidas oficialmente: y nadie aprobaría hoy estos usos.

LA CELEBRACION EUCARISTICA POSTCONCILIAR PUNTO DE ARRANQUE

Hasta aquí hemos venido hablando de cómo el rito de la celebración eucarística postconciliar es el fruto de unos estudios llevados con seriedad durante largos años. Pero que la liturgia eucarística reformada por el Concilio sea un fruto bien maduro no significa que esta liturgia debe conservarse, tal cual, para que las futuras generaciones la vayan celebrando siempre de la misma forma. Nuestra reforma eucarística si por una parte es coronamiento de esfuerzos realizados, por otra representa también un arranque en vistas al futuro. Una cosa es la Tradición que se ha ido redescubriendo, otra las expresiones sacramentales y pedagógicas de esta misma Tradición. Bajo este aspecto hay que distinguir claramente dos clases muy diversas de reformas: una es la reforma de los ritos y de las fórmulas que debe realizarse cada vez que varía el contexto; otra, mucho más fundamental y difícil, es la de las actitudes con las que uno debe abordar los ritos para que éstos sean realmente «sacramentales» del misterio de Cristo y no simples ceremonias o signos sólo de las vivencias personales o de los ambientes variantes.

La reforma del Vaticano II ha sido ciertamente una reforma de ritos y de formularios; ésta era necesaria, pues hacía siglos que los ritos no habían sido adaptados a los cambios históricos del mundo actual; pero no puede olvidarse que esta reforma ha sido aún más una reforma de estilo en la manera de abordar la celebración. Y si la faceta de reforma de ritos prácticamente ya ha concluido —una continua modificación de los «ritos» no es, como hemos ya dicho, ni de esperar ni de desear—, la faceta de un nuevo estilo de abor-

dar la celebración apenas si ha iniciado su camino. Aquí hay, creemos, un problema fundamental de pedagogía litúrgica: en la manera como se explica la celebración ha de quedar muy claro que una cosa es la Tradición y otra, muy distinta, las diversas posibilidades sacramentales de expresar esta única Tradición. Debe captarse fácilmente que lo que las nuevas formas litúrgicas contienen es lo mismo que celebraban ya los ritos anteriores; porque si el pueblo llegara a deducir que el contenido de las «nuevas celebraciones» es ahora otro, por lo menos habría que decir que la pedagogía con que se ha presentado la reforma no ha sido correcta. La Constitución Conciliar de Liturgia quiere evitar este peligro con una afirmación que, si bien a primera vista puede parecer sólo disciplinar, tiene en realidad un gran sentido teológico y pedagógico: nos referimos al principio según el cual «las nuevas formas deben desarrollarse de las ya existentes»³. Con esta norma se quiere expresar, de forma pedagógica, que los nuevos ritos contienen lo mismo que los ritos preconciliares.

Referir el principio de «Liturgia semper reformanda» a la continua variación de los ritos y a la creación incesante de nuevos formularios representa en el fondo no haber superado una deficiencia ya antigua: la distinción entre liturgia y ceremonias. Antes del moderno movimiento litúrgico era común confundir la liturgia con las ceremonias; ya Pío XII denunciaba, en 1947, este equívoco: «Sería tener una visión totalmente inexacta de la liturgia considerarla sólo como la parte exterior y sensible del Culto divino o como unas ceremonias decorativas»⁴. Esta deficiencia ha sido superada: hoy nadie, parece, entiende que la liturgia se reduzca al simple ceremonial... Pero quizás el peligro no está tan superado como pueda pensarse. De hecho, también hoy, cuando se habla de reforma litúrgica, muchos piensan sólo en el ceremonial, en los formularios. En este mismo Symposium ha habido, en las puestas en común, una palabra que casi ha sido el «leif motiv» de muchas de las discusiones: «creatividad». Aunque después de pronunciar esta palabra todos nos apresuramos a decir que «creatividad» puede tener muy diversos significados... en el fondo, cuando se reclamaban los derechos de ciudadanía en favor de esta «creatividad» casi siempre se hacía referencia a la

3. Cf. Sac. Conc., 23.

4. Mediator Dei.

posibilidad de crear formularios, de crear ritos. Y esto puede ser significativo de hasta qué punto se confunde aún liturgia con ritos. Otro fenómeno que viene a significar lo mismo: si se hiciera un balance de la actividad que se ha desarrollado, un poco por todas partes, con motivo de la restauración litúrgica, habría que decir que la mayoría de los esfuerzos han consistido no en explicar el contenido de la celebración —en qué consiste propiamente celebrar la Eucaristía—, sino en explicar las reformas, los «nuevos» ritos. Como se ve, pues, tenemos aquí dos fenómenos que nos atestiguan hasta qué punto persevera la visión de la liturgia como algo que se reduce a ceremonias o formularios.

Las estructuras litúrgicas, los ritos, son instrumentos conductores de vida, pero no son la misma vida. Los ritos actuales son, sin duda, un instrumento mucho mejor que los de antes del Concilio; pero continúan siendo meros instrumentos. A través de ellos —como a través de otros ritos que podrían imaginarse— se nos puede dar la vida y se puede profundizar en el contenido del don de Dios. Pero el don de Dios supera no sólo los ritos concretos con que hoy celebramos u otros que podrían imaginarse; no distinguir bien este extremo será caer en un nuevo rubricismo que todo lo centra en tener «ritos modernos» como en un ayer no muy lejano todo lo centraba en tener «ritos celebrados exactamente».

Bajo el aspecto de un enfoque sacramental de toda la celebración, la reforma conciliar ha sido sólo un punto de arranque que nos invita a progresar en un camino hoy apenas esbozado: una liturgia especialmente «reformanda» en nuestro momento actual que ante el cambio de algunos ritos y formularios tiene el peligro de reducir esta reforma a sólo los «ritos» o «formularios»; es decir, a sólo las «rúbricas» modernas, sin prestar la debida atención al mismo enfoque inaugurado por la reforma conciliar.

LA CELEBRACION EUCARISTICA HOY: ESTADO DE LA CUESTION

Llegados ya al término de nuestras reflexiones quisiéramos concluir refiriéndonos a algunos puntos concretos, especialmente urgentes en nuestro momento actual. El tiempo limitado de que disponemos nos impide hacer otra cosa que una simple lista de algunos de

estos problemas en los que debería insistir, a nuestro juicio, la pastoral litúrgica para que la obra iniciada en el Concilio continúe progresando.

Un primer aspecto sobre el que hay que insistir es el de situar al pueblo en línea de continuidad con la Tradición; esto exige una celebración de los ritos cuidadosa y pedagógica para que nunca llegue a sospecharse que ahora se celebra algo distinto a lo que se celebraba antes del Concilio. Bajo este aspecto, pues, es pedagógicamente importante después de los muchos cambios que han sido necesario realizar para hacer la celebración más «manifestativa» no modificar ahora innecesariamente ningún rito por el solo deseo de novedad y cambio ritual, sin verdadera necesidad de hacerlo. Si la variación de los ritos efectuada hasta ahora ha estado motivada para lograr una mayor claridad del significado de los mismos, la no variación de los ritos deberá significar la continuidad del contenido que celebramos... Como se ve, hay aquí un problema de pedagogía y adaptación ante un pueblo concreto.

Continuidad con la Tradición *a través de la comunión católica*: es este otro aspecto que hoy puede tener gran importancia; una cierta unidad ritual —sin rigideces rubricistas exageradas— puede ser un medio «sacramental» o pedagógico para expresar hasta qué punto la celebración eucarística no es propiedad de la pequeña asamblea reunida en un lugar concreto, sino de la Iglesia, presente no sólo en la pequeña asamblea, sino en todas las asambleas que confiesan al único Señor. Hoy sobre todo en que los fieles fácilmente participan de la Eucaristía en lugares muy diversos unas formas de celebración que no difieran excesivamente de un lugar a otro, es un aspecto que puede llegar a ser importante.

Celebrar con expresiones sacramentales: he aquí un último principio que quisiéramos subrayar con insistencia en este momento: los ritos litúrgicos no son un algo en sí mismo, sino expresiones relativas o significativas de otras realidades invisibles. El pueblo no está acostumbrado a celebrar ritos pensando en su significado, y por ello los ha materializado. A veces bajo el pretexto de simplicidad se buscan los ritos más fáciles y más cómodos, no los que podrían ser más significativos; en realidad, en no pocas ocasiones la verdadera razón de simplificar las celebraciones o suprimir no pocos elementos está en que no se ha captado el contexto simbólico de las mismas. Resulta, pues, urgente devolver a los ritos su sentido

sacramental; si el ministro lleva vestiduras distintas de las que habitualmente llevan los hombres es porque debe manifestar algo que es distinto de su propia personalidad: la presencia del Señor; si en el altar debe haber manteles y luces, es para dar a la celebración un contexto de fiesta; si para las lecturas bíblicas se sube al ambón, no es sólo para que se oiga mejor, sino también para dar realce a una Palabra que es muy distinta de la simple palabra humana... Estos son algunos de los puntos sobre los cuales hay aún mucho que reformar.

A ellos deberían añadirse aún muchos otros que el tiempo no nos ha permitido desarrollar: la misa vista como celebración de toda la Iglesia y las diversas funciones que en ella corresponde al pueblo y a los ministros; la conexión de la Eucaristía con las pequeñas asambleas o con la iglesia local; con la iglesia local y en la Iglesia católica; la Palabra proclamada en el nuevo trasfondo de una lectura continuada; la celebración eucarística y la oración personal y hasta qué punto estos dos aspectos de la vida cristiana deben manifestarse separadamente, pues de hecho corresponden a dos facetas realmente distintas... Estos y otros muchos son puntos a los que deberíamos aplicar, con seria reflexión, mucho más que a los aspectos rituales, el principio tantas veces citado en nuestro Symposium: «Liturgia semper reformanda».

PERE FARNÉS

*Facultad de Teología de Barcelona.
San Paciano*